

La sexualidad: ¿sexuación o género?

Leonardo Peskin

Introducción

El psicoanálisis se basa en que la resolución de la sexualidad humana es determinante de todo tipo de conducta, síntoma de origen psicológico, pensamiento o conflicto. La singularidad de la especie, comparada con otros mamíferos, muestra por un lado la ausencia filogenética de un objeto específico para la pulsión y por otro lado en diferentes momentos evolutivos de cada individuo la pulsión adquiere intensidades extemporáneas. Presenta picos libidinales que no tienen correlación con la posibilidad reproductiva o de materializar conductas preformadas de satisfacción sexual específica.

A la ausencia de un objeto preestablecido de satisfacción pulsional Lacan la refiere a lo que denomina “desarraigo instintivo”, enfatizando la idea de que la pulsión es la que ocupa el lugar del instinto animal. Por estas razones las pulsiones intentan resolverse apoyándose en las múltiples tendencias corporales. Al no poder hallar un objeto de satisfacción sexual predeterminado que las satisfaga, se anudan a objetos que fisiológicamente son necesarios para la supervivencia y el funcionamiento biológico. Quizás se pueda argumentar que es la forma que adquiere el instinto al haber sido privado de un objeto y un destino preestablecido como en cualquier animal o insecto. Podríamos considerar que algunos vestigios instintuales persisten en la especie, aunque al ser “pulsionalizados” no tienen chances de expresarse más

que por tendencias creadas en la evolución psicosexual singular de cada uno. Tenemos que incluir el hecho de que en muchas especies animales la sexualidad si bien está pre marcada por cánones instintuales, también involucra otras actividades no sexuales, tanto como vías de apoyo, como en el humano, como la interacción en una dualidad al modo de las primeras descripciones freudianas de tendencias de auto conservación contrapuestas a las sexuales.

La pulsión como expresión de la sexualidad

La pulsión como concepto límite existe en tanto se construye un aparato psíquico bajo la incidencia cultural, ligado a la represión, la adquisición de capacidades simbólicas y el encuentro con experiencias vitales que motivan fijaciones e inscripciones. Es decir, que el psiquismo humano en tanto se construye, da lugar a esa apoyatura que permite encauzar la pulsión en las sucesivas actividades que arman el mapa erógeno del cuerpo. Existe la predisposición genética para que esta culturalización se produzca de un modo específico de la especie humana. Cada orificio corporal se va prestando en su funcionalidad como punto de anclaje de la “satisfacción” pulsional al ser tomado por las prácticas de adecuación cultural. La madre o quien sea el que desempeñe esa función es el agente de estas operaciones. La boca, el oído, el ano, el meato urinario, etc., sirven de anclaje para que se vaya construyendo el complejo aparejo pulsional. Las sucesivas excitaciones funcionales convocan tendencias que permiten transformar la energía que emerge del quimismo corporal en acciones de descarga y de creación de objetos modulados por estas “satisfacciones” y marcas traumáticas. Así encontramos que se construyen las denominadas especies de los objetos pulsionales (oral, anal, mirada, voz y quizás otros). A estos objetos pulsionales es a los que Lacan los denomina objeto *a*, dándoles características y cualidades que van definiendo en definitiva un vacío que se debe circunscribir para que se constituya una falta. Es en tanto falta que pueden ser causa del deseo y desde ahí mover el accionar humano al tener un camino orientado por los significantes. Estas operaciones de límite entre lo biológico y la

experiencia que fuerza el Otro, más en el encontronazo con lo real, modelan y modulan la construcción de los objetos pulsionales. Cualquiera de estos pasos puede fracasar o complicarse y eso es lo que incide en la expresión clínica de la patología, por supuesto con repercusiones en el destino de la sexualidad y la afectación de la definición de género.

Lo que vamos describiendo es obviamente un repaso de las líneas clásicas del desarrollo psicosexual. Las que quedan plasmadas en las series complementarias freudianas como arquetipo de comprensión de un momento en la historia psicológica de un individuo. Sin embargo, cada uno de los conceptos que deriva de estas descripciones suscitan controversias aún no saldadas entre los psicoanalistas, lo que impide que haya un consenso acerca de un cúmulo de problemas y quedan como interrogantes. Algunos son: ¿qué diferencia la pulsión del instinto?, ¿cuánto incide el determinismo biológico genético en la causación de estos pasos y las incidencias clínicas que derivan de ellos?, ¿cuál es la importancia de la adquisición del lenguaje y la cultura en la conformación del aparato psíquico?, ¿hasta qué punto el Yo es el encargado junto con la conformación del narcisismo de resolver todos estos desajustes?, ¿se puede concebir una libido desexualizada?, etc. Estas controversias acompañan toda la historia del psicoanálisis y lo comprometieron a Freud en confrontaciones con sus discípulos. Tomemos como referencia la discusión que en definitiva lleva a una ruptura con Jung, de la que vemos un interesante testimonio en “Introducción del narcisismo”. Es intensa la defensa que hace Freud para que no se “desexualice” el psicoanálisis, en ese debate pone en juego todos los recursos teóricos para dar cuenta de la clínica de la psicosis. De paso podemos destacar que la “introducción del narcisismo” en el cuerpo teórico quizás fue forzado por dar cuenta de las dificultades clínicas y las limitaciones terapéuticas con las que se encontraba el psicoanálisis. Además abrió una línea de pensamiento que según cómo se desarrolle enriquece o transforma el psicoanálisis en una psicología del narcisismo.

Tengamos en cuenta que calificar de narcisista a un sujeto nos puede orientar hacia la psicosis (psiconeurosis narcisísticas) o nos puede llevar a un sujeto exitoso no necesitado de estima (narcisista).

Aprovechemos para considerar la función fálica como uno de los aportes trascendentes para comprender el punto de apoyo simbólico-imaginario para comprender la clínica y el modo como se asume tal o cual género.

Los debates sobre todos estos temas van repercutiendo en la creación de diferentes líneas teóricas que llegan a hacer dudar acerca de qué liga a las diferentes escuelas psicoanalíticas en tanto sostienen algunas diferencias tan profundas. Más allá de las contiendas políticas y los personalismos, están muchas de estas diferencias conceptuales que llegan a producir escisiones institucionales por discrepancias irreparables.

Esta larga cadena de articulaciones teóricas incluyendo las diferencias de enfoques de cada escuela o autores, deriva en un punto que vuelve a ser el origen de nuevas dificultades ¿qué lleva a la asunción de una posición sexual? ¿Qué conduce a que alguien se ubique como hombre, mujer, bisexual, travesti, transexual, etc.? Lo que incluye una larga lista de prácticas sexuales que hace difícil categorizar entidades, solo alcanza para describir las conductas y prácticas que le permiten a esa persona alcanzar una satisfacción sexual.

La elección del objeto sexual parece sellar las derivas de la pulsión, llevando a cierto anudamiento del objeto del amor, del deseo y de la pulsión. Aunque esto solamente se da en algunas novelas románticas mal escritas o en enfoques religiosos que fuerzan a que se unifiquen. En realidad el carácter centrífugo de la pulsión, la ausencia de un objeto específico del deseo y las complejas exigencias del narcisismo, hacen que se sostenga con humor la expresión “el amor es eterno mientras dura”. La plena satisfacción en el acto sexual es centrífuga en cuanto al amor y los cánones culturales.

Esta descripción lleva a una conclusión inicial, que la sexualidad que recorre toda forma de ser o actividad humana, pero al intentar aislarla para comprenderla se nos deshace por la manera en que está íntimamente incluida en el tramado, es como el “hilo rojo”¹ de las

¹ “Hemos oído hablar de una costumbre particular de la marina inglesa. Todas las cuerdas de la flota real, de la más fuerte a la más delgada, están trenzadas de tal manera que un

cuerdas de la marina inglesa, que tan magistralmente describe Goethe. Por lo tanto hay que pensarla en su compleja articulación con el resto de factores implicados en la constitución de un sujeto. Pero donde se haga un corte en cualquier historia humana, la sexualidad estará presente.

Retomando la idea de que la pulsión, diferenciada del instinto, y considerando que va recorriendo todas las fases de configuración del psiquismo, podemos afirmar que es la causa para que el psiquismo se origine. Es en ese sentido que, lo que emana del cuerpo es lo que se debe resolver desde lo psíquico.

Relacionemos una de las tres definiciones² encadenadas que da Freud de pulsión como “concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático” con la propuesta que hace Lacan de “la sexualidad en el desfiladero del significante”.³ Esta vinculación ya es una propuesta que ubica la posibilidad de que el cuerpo se haga presente en tanto es hablado por el significante. Ese es el desfiladero que debe recorrer tanto el cuerpo como la sexualidad. Es decir que el cuerpo se expresa en esa imbricación de sus funciones y la pulsión que se halla apoyada (*Anlehnung*) en ellas. Esto también se ve refrendado por la idea de la función del inconsciente, estructurado como un lenguaje, vinculado al Ello, como caldero pulsional. Es decir que el inconsciente va tratando de dar recursos simbólicos a lo que proviene de dimensiones mudas. Como cuando Lacan dice:

hilo rojo las atraviesa todas; no es posible desatar este hilo sin que se deshaga el conjunto y eso permite reconocer hasta el más pequeño fragmento de cuerda que pertenece a la corona.” J. W. Goethe, *Las afinidades electivas* (pag.103)

² “Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la ‘pulsión’ nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante *{Repräsentant}* psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal”. (S. Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión”, 1915)

³ El psicoanálisis sólo afecta a la sexualidad por cuanto, bajo la forma de la pulsión, se manifiesta en el desfiladero del significante, donde se constituye la dialéctica del sujeto en el doble tiempo, de la alienación y la separación. (J. Lacan, *Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*)

“Esta hiancia inscrita en el estatuto mismo del goce en tanto que dimensión del cuerpo, en el ser que habla, es algo que brota de nuevo a través de esa cáscara –no digo otra cosa– que es la existencia de la palabra. Donde eso habla, goza. Y no quiere decir que sepa algo, porque, después de todo, hasta nueva orden, el inconsciente no nos ha revelado nada sobre la fisiología del sistema nervioso, ni sobre el funcionamiento de la erección, ni sobre la eyaculación precoz.”⁴ (Pag. 139)

En esta madeja de conceptos y articulaciones es que se constituye la subjetividad. El alma como solía plantear Freud, o el ser, emerge como sujeto, es decir que ésa es su posibilidad de existir, entendiendo que el prefijo *ex* plantea constituirse en otro lugar fuera del que es o fue. Pero esta condición de ser por vía de la existencia en el universo simbólico, reclama una definición de aquello a lo que se renuncia y aquello que se asume. Es decir, que asumir una posición subjetiva, es definir qué se va a hacer con aquello a lo que se renuncia, el otro sexo que mitológicamente se tuvo al modo del andrógino, y cómo se asume aquello a lo que no se renuncia, el sexo asumido.

Es interesante considerar que, aunque se acepte la castración, es decir la renuncia a una forma de satisfacción pulsional, y se asuma otra forma de satisfacción que corresponde al sexo elegido, siempre esto queda a medio camino. Por lo menos en la neurosis y en la cuota de neurosis que cada uno tiene. A esto puede referirse la bisexualidad que planteaba Freud, como esta doble aspiración que en alguna medida siempre persiste, quizás en proporciones variables.

Me decía un paciente para quien una de sus principales aficiones era el donjuanismo: “yo soy sesenta por ciento hombre y cuarenta por ciento mujer, por eso tengo tanto éxito con ellas, porque las comprendo como si fuese otra mujer. Compartimos una sensibilidad corporal que es la que experimentan las mujeres”. La descripción que hacía de esa sensibilidad concuerda con las caracterizaciones teóricas, decía que él siente con todo el cuerpo, no solamente con el pene. Una caricia

⁴ J. Lacan *Seminario 20*, clase del 8 de mayo 1973.

o una palabra que aluda a rasgos corporales lo excitaba, el pene no tenía la hegemonía, todo su cuerpo se investía falicizado. Esta descripción coincide con la de una mujer, casada con un hombre, y que tiene de amante a otra mujer al decir: “ella sabe cómo tratarme para que yo alcance la mayor satisfacción de mi cuerpo”.

Obviamente no podemos reducir a esta condición lo femenino o lo masculino, como iremos describiendo es mucho más compleja la manera como se configura lo que Lacan pasa a llamar “sexuación”, tratando de definir el modo como el sujeto asume su lugar en el reparto de los sexos.

La significación fálica

Una pieza teórico-clínica fundamental para armar la lógica del reparto de los sexos es la función del falo. Este es un concepto que introduce Freud, y que se origina en la sobreestimación que en el transcurso de la resolución de una falta adquiere aquello que se “pierde”; en realidad es el símbolo de aquello que se creyó ser o tener y se perdió. Una figura de aquello que se supuso había, se tenía o se era se suele referir a la mujer fálica. Al operar la castración simbólica se la pasa a aceptar sin ese atributo, el que pasa a erigirse en un símbolo. Esta sería otra manera de enfocar el tema que Freud aborda, mitológicamente, en “Tótem y Tabú”, referido al supuesto crimen primordial que crea un padre simbólico como saldo. En el caso del falo es caracterizado en el denominado “complejo de castración”, no obstante se debe extender a toda falta de aquel objeto agalmático que, ilusoriamente brindaría el completamiento de la imagen satisfaciendo el narcisismo. También en el complejo de castración el falo adquiere, por atribución, el valor de ser la garantía de placer sexual. El falo es el mediador entre dos lógicas, la de un universal que en realidad es imposible y un caso particular que muestra la imposibilidad de lo universal. Todos los hombres están sujetos a la castración simbólica para asumir su sexuación, sin embargo míticamente algunos no, como el padre de la horda.

En realidad la significación fálica, en su configuración, tiene tantos

niveles como los tiene la propia constitución subjetiva. Involucra el cuerpo, por ende el pene, el clítoris y todas las dimensiones sensibles de la superficie corporal. Por inervación y funcionalidad biológica se ubica en los genitales la capacidad de resolver la pulsionalidad, aunque esta concentración de satisfacción es relativa, ya que puede erigirse como fálica cualquier otra parte del cuerpo, del hombre o de la mujer. Lo que es acompañado por el imaginario narcisista y por ende el Yo.

Este valor fálico se puede atribuir, en sus repercusiones en la realidad, a un objeto (fetichismo), a un valor, a una persona, a un animal, etc. Esta propiedad de circulación y de transformación del ser en algo a alcanzar o tener se debe a las características que adquiere la significación fálica en sus repercusiones imaginarias.

En tanto ese referente es inscripto a nivel simbólico se constituye como un significante organizador de aquello que está presente o ausente, marcando el punto donde queda significada la posibilidad de que algo que falte sea registrado como ausente. Es un significante para el cual Lacan utiliza la letra griega Φ (phi mayúscula) y pasa a ser el organizador simbólico de la relación que puede tener un sujeto con el universo simbólico en el que está inscripto. En ese sentido, este significante fálico escrito con mayúscula, pasa a ser un Nombre del Padre. A partir de su plena vigencia el propio sujeto pasa a dar sentido a su propio nombre. Esta jerarquía simbólica es la que hace posible la aparición en la realidad, y en el universo que habita ese sujeto, de una escala de valores. Ya no sólo se trata de un significante sino que establece categorías a nivel de lo imaginario, para lo que usa ϕ (phi minúscula), y que nomina falo imaginario. Este es el valor objetivado que circula haciéndose evidente, lo envidiado en otro, lo anhelado, lo que al ser alcanzado exalta al Yo como si nada faltase, lo que condensa al Yo ideal con el Ideal del Yo.

Todo este sistema que busca establecer categorías lógicas para pensar la constitución subjetiva humana, para que opere requiere del paso primordial que es que por vía del falo con mayúscula Φ que el sujeto entre en la "significación fálica". Si esto no se produce, como acontece en la psicosis, los valores, los anhelos y los deseos no se

configuran con estas reglas. La pulsión se descarga en otras formas que siguen otras lógicas, un buen ejemplo sería el que propone Freud al decir que las palabras son tratadas como cosas. Las cosas no lograron ausentificarse como para liberar a la palabra de ser una cosa. En esos casos un agujero es un agujero, sea una cerradura, un poro de la piel, una vulva o la trama misma de una tela. Estoy tomando algunas de las caracterizaciones de la psicosis del artículo de Freud “Lo inconsciente”.

Elección de género

La nominación de género para referirse a la elección de la posición sexual, surge a partir de cierta crítica acerca de que lo masculino y lo femenino se refieren a ciertos valores morales que subordinan lo femenino a lo masculino y excluyen otras alternativas de sexuación. El uso de la nominación “queer” en inglés para las diferentes alternativas de sexuación intenta dar estatuto a formas menos encuadrables.

Antes de avanzar en el tema de elección de género aclaro la relatividad de la idea de elección en tanto, en cierto modo, es un paso obligado por el anudamiento de factores. Quizás debiéramos referirnos a que el género nos es elegido desde otro lugar, es decir emerge de los arreglos o desarreglos entre: el Ello, el Inconsciente como instancia represiva y el Superyó como imperativo del ideal que interactúa con la Ley asumida desde cierta cultura.

Ya estamos considerando la complejidad de factores que inciden, los que después de varios recorridos progresivos y regresivos hacen que se culmine asumiendo de un modo transitorio o definitivo una posición sexuada. Del mismo modo que se termina construyendo cierta subjetividad frente a lo que pulsa desde lo real. Alcanzar cierta posición no es algo absoluto ni definitivo, quizás como no lo es nada en la vida de una persona. Lo que indica es que las tendencias encontraron una estabilidad y una vía facilitada para resolver la insistencia pulsional y es de esperar que construido ese camino vuelva a operar cada vez que vuelva a ser requerido.

Freud describe los diferentes puntos de fijación como represiones primarias, las que serían como pilotes, que dan apoyo al sistema

represivo dando sostén al aparato psíquico. Estas construcciones pueden padecer rupturas y en ese caso promover regresiones a puntos anteriores. Recordemos la alegoría que utiliza en sus conferencias describiendo la evolución libidinal como ejércitos que asientan sus bases en ciertos puntos mientras avanzan, frente a un fracaso en sostener posiciones de avanzada vuelven a posiciones anteriores. El esquema de Abraham acerca de la clasificación de lo oral, lo anal, lo fálico, etc., con sus sub-clasificación de succionadora y canibalística, de lo oral, lo expulsivo y retentivo de lo anal etc., y que luego permitiría ubicar las entidades clínicas de acuerdo al nivel alcanzado es pedagógico, pero padece de ser esquemático y estático. Las cosas son más complejas y sobre todo mucho más dinámicas.

Probablemente tengamos que cuestionar toda hipótesis estructural y especialmente considerar hasta qué punto cualquier construcción estructural está condicionada por numerosos factores imponderables. Esto vale inclusive para el “estructuralismo lacaniano”, aunque Lacan nunca adhirió igual que Freud a estructuras estáticas y cerradas, otros autores intentaron cristalizar teorías que desatendían las tendencias caóticas siempre acechantes. Por consiguiente las respuestas estructurales son siempre existenciales, transitorias, aunque puedan durar una vida entera, veremos que inclusive requieren de transformaciones.

Estas consideraciones afectan tanto a los diagnósticos psicoanalíticos como al interjuego entre la sexualidad como condición universal y la sexuación como la solución alcanzada por cada sujeto frente al imperativo pulsional. Por esa razón cuando Lacan plantea su lógica para la sexuación, con la complejidad de sus fórmulas definiendo un lado masculino y otro femenino, plantea que la opción para todo ser hablante es de ubicarse de un lado o del otro de las alternativas de resolución al goce.

Goce es un término que busca adecuar el concepto de pulsión al pasaje freudiano de la primera teoría de las pulsiones (autoconservación -sexuales) a la segunda dualidad de pulsiones de vida y de muerte. En realidad la pulsión es siempre de muerte, sin embargo al mezclarse con aquello que impide una descarga que lleve al Nirvana de la carga cero, vemos las variedades de vida. El goce como concepto, va

variando en el curso de la obra lacaniana. Comienza tomando la esencia de la pulsión de muerte por ejemplo en *El Seminario 7 de "La Ética en psicoanálisis"*, luego cuando se produce una pluralización de los goces vemos destinos que derivan de los sistemas de atenuación o encauzamiento del goce. Aparecen el goce fálico, el goce del Otro y el goce implicado en la causación del deseo. El que más se acercaría al tema que estamos tratando es el goce femenino, que sería el desligado de la palabra, que sin embargo como a cualquier expresión de tánatos, lo conocemos por sus efectos sobre o en la palabra, en el discurso y en la actitud del sujeto al expresarlo. Lo que nos lleva en paralelo a la mudez del goce puro con la mudez de la pulsión de muerte a la que se refiere Freud.

Quizás ganaríamos en no nominarlo como goce femenino, sino como goce desligado del lenguaje, es decir sin palabras. Aunque dentro del edificio lógico de las fórmulas de la sexuación, opera como lado femenino y se ubica esa variedad de goce. Quizás para salir de debates ideológicos tenemos que considerar que las alternativas no segregan a las mujeres a tal o cual lugar sino que esto abarca a todos los hablantes, sean cromosómicamente o anatómicamente hombres o mujeres. No obstante crear un psicoanálisis sexual pero no sexuado de esta forma, es decir con la abolición de los géneros masculino o femenino, implicaría una tarea de redefinición lógica que requeriría, además, de cambios culturales para que funcionemos sin estos géneros y establezcamos otras alternativas no binarias.

Recuerdo un matemático que trataba de pensar un juego como el fútbol que fuese con más de una pelota. Si la pelota es el valor fálico y los arcos definen un equipo y otro, cómo sería un partido con varios arcos y varias pelotas, y porqué no varios equipos. Entiendo que en algún sentido la vida y la sexuación funcionan de esa manera.

Cuando, por ejemplo, analizamos una guerra comenzamos a considerar que los supuestos aliados, no lo son tanto, los objetivos bélicos no son tan definidos y el sentido de la guerra no determina tan claramente ganadores y perdedores. El saldo final de cualquier guerra es que hubo muchos muertos, tánatos se satisfizo, la organización simbólica es siempre transitoria, las traiciones, los efectos paradójales

son numerosos. Por eso se dice que la primera víctima de una guerra es la verdad. Hay una relación estrecha entre la sexualidad y la muerte, que no está dada por el enfrentamiento entre los sexos sino por las cualidades tanáticas de la pulsión.

Sin pretender comparar la relación entre los sexos con la guerra, aunque lo estoy haciendo, consideremos que por algo se plantea la discordia de los sexos como una constante. Que llegue a expresiones exageradamente agresivas es intrínseco a los estados pasionales y si algo se pone en juego en el encuentro amoroso es la pasión. Multiplicar las alternativas de sexuación no resolvería las diferencias, simplemente las multiplicaría y quizás haría difícil terminar de ubicar al semejante a menos que lo definamos multiplicando nominaciones, lo cual requiere siempre establecer diferencias: lo que es y lo que no es.

Es en este punto que se hace necesario describir el modo en que una persona va modulando su posición sexuada y considerar que en definitiva lo que en cierto momento sellaría tal o cual elección sexuada sería la elección de objeto, pero sobre todo el destino y la administración del goce.

El primer orientador de la “elección” sexual está sostenido en un Ideal que la cultura establece acerca de lo que es ser hombre y lo que es ser mujer. La aceptación de esa referencia como orientadora de la posición a asumir es importante ya que es concordante con la configuración del Ideal como componente del Superyó. El Ideal plantea un imperativo, sin embargo no es más que un orientador, ya que para alcanzar esa posición deben jugar otros factores que ya pertenecen a lo simbólico. El Ideal indica un camino pero la posibilidad y los costos de alcanzar ese lugar están determinados por la cultura y el determinismo del Otro. Qué es lo hay que perder al aceptar la castración no se refiere al pene sino a aceptar el falo como valor establecido por el Nombre del Padre y no como posesión propia. Adscribir a un orden simbólico es alienarse en sus reglas, las que incluyen la sexuación que se establece en ese orden. Si tomamos la idea de Lacan de que la constitución subjetiva se trata de alienarse en el universo simbólico (Otro) y separarse del objeto pulsional (objeto *a*), tengamos en cuenta que tanto lo masculino y lo femenino quedan asumidos según como se

categoricen en el Otro. Y el objeto de goce a ceder será aquel que auténticamente involucre al sujeto.

La demanda implícita al entrar a formar parte de una cultura es ceder los goces mayores, renunciar al incesto. Y al modo como el vínculo incestuoso se condensa en una pulsión parcial que se resiste a asumir la significación fálica. En alguna medida siempre hay un residuo de goce al que se renuncia parcialmente y en el inconsciente permanece añorado. Esto está implícito en el fantasma que deriva de la posición sexual asumida. Por lo tanto el fantasma muestra al sujeto con el grado de adscripción al orden simbólico y la vigencia del objeto pulsional. Siendo el fantasma, en la medida que se configure, lo que permite la transformación de pulsión en deseo. Luego lo que va a dar especificidad a la estructura clínica (neurosis, perversión, psicosis y lo inclasificable) será el tratamiento del deseo y el destino de la pulsión. Esto incluye la sublimación como destino pulsional y las entidades clínicas derivarán de que el deseo sea tratado, como insatisfecho, imposible, prevenido, en la neurosis. Y las alternativas de voluntad de goce en la perversión y formas no reprimidas de la pulsión en la psicosis.

El partenaire de cualquier sexuación alcanzada es el objeto pulsional ubicado por vía del fantasma en otro. Esa sería la base de los vínculos entre los sexos.

Es como en cualquier vocación o búsqueda de pertenencia, el contexto enarbola el valor imaginario que propone alcanzar como meta a la que nos invitan o compelen alcanzar. Pero hay que recorrer el camino simbólico y asumir los requisitos para ser hombre o mujer. En ese punto es donde se producen operaciones simbólicas para ver qué se pierde al aceptar ese ideal y en particular si hay con qué "pagarlo". Estoy haciendo una analogía burda con una institución o una estructura de pertenencia cuando nos ofrecen formar parte, hacernos socios. La pertenencia es presentada como valiosa, pero hay condiciones de costo que hay que ver si se pueden asumir y qué se pierde al aceptar esta oferta y perder alguna otra pertenencia. Por supuesto que está siempre la letra chica que pesa sobre aquél que acepta, quizás en el caso de la sexuación dice que nunca se es del todo lo que se supone ser al definirse como hombre o mujer.

De la sexualidad a la identificación

De la sexualidad a la identificación abre una ecuación cuyo primer término (la sexualidad), supone la pulsión en el desfiladero del significante, es decir un ser que ha asumido alguna sexuación, sea cual fuere, y por ende ha adscrito al significante. Esto se produce frente a la vigencia de la castración, aunque lo haga bajo protesta en la neurosis, en franca oposición en la perversión y como repudio en la psicosis.

El segundo término de esta ecuación: (la identificación) supone un destino para el recorrido de la pulsión por este desfiladero. Al igual que con el modo de aceptación de la diferencia de sexos, hay que ver qué tipo de identificación se “hace cargo” de la perentoriedad pulsional; ya que hay diversos tipos de identificaciones, imaginarias (por ejemplo en el amor a un Ideal), simbólicas (como es la aceptación del nombre propio dado por algún padre del nombre) y aun reales, cuando se asume identificatoriamente la “sombra del objeto” en la melancolía.

Entonces “de la sexualidad a la identificación” sintetiza datos como si se tratase de una formulación física de una fuerza con un sentido y una dirección. Es más, nos daría también un punto de apoyo en la identificación para el ejercicio de algún trabajo con esa fuerza. Sin embargo, la razón última de la pulsión a la luz del “más allá” freudiano es la que emerge de comprender, la nominación de muerte que introduce la repetición. Por eso se abre la necesidad de incluir otro término para resolver los componentes mortíferos de la sexualidad: el narcisismo y sus raíces en el Ello que no se reducen nunca a la sexuación y buscan el “más allá” de toda identificación, aunque ésta fuera de la “mejor calidad”, como se la suponemos a la del Nombre del Padre.

La consecuencia clínica siendo así es que, sólo atravesando el “lecho de roca” podemos aspirar a un “verdadero” fin de análisis, si lo hay. Ya que el “lecho de la sexualidad” nos deja como remanente inelaborable la envidia en la mujer y el rechazo al sometimiento en el hombre. Por eso el destino final se juega allí donde la identificación sea cual fuere no nos deja ir, por tanto el fin del camino (tanto en la

constitución del sujeto como en el análisis), debe incluir la sublimación y alguna invención o creación singular de cada uno, que se debería asumir quizás junto con aquella identificación que admite lo imposible de la adecuación sexual del humano. Se declina así toda omnipotencia narcisista unificante, que es siempre incestuosa.

En esta línea la ecuación inicial se completaría con destinos pulsionales no identificatorios. Por lo tanto los padres, como los analistas, deben destituirse y no ofrecerse como teniendo la solución, ni habiéndola encontrado más que hasta un punto. Y quizás nunca deban prometer más que un espacio para que el sujeto busque un camino para autonominarse, asumiendo la solución que le permita sublimar y por ende crear un objeto que es el que cierra el otro término faltante de la ecuación.

Quedaría entonces “sexualidad + identificación = objeto de la pulsión”, es así que términos como: narcisismo, pulsión de muerte, “más allá”, repetición, “malestar en la cultura” y el análisis como interminable se vuelven hegemónicos en la obra de Freud. Y en la obra de Lacan lo son, el Goce y el objeto *a*.

Probablemente la clínica de nuestros días viene a recordarnos que el ser humano es pulsional y narcisista. Tanto el significante como algunos de sus derivados como la represión y las identificaciones son siempre una solución parcial. Qué hacer con lo no reprimido que incluye lo desmentido es lo que debemos seguir debatiendo.

El Ser (real) no se reduce al sujeto (simbólico), ni acepta la mediación del Yo (imaginario) en la constitución del narcisismo, en tanto no resuelvan la pulsión como prioridad ética de la humanización. Es decir que el entrecruzamiento de Narciso con Edipo deja como producto un sujeto siempre a medio hacer o a medio ser.

Esto tiene que ver con la afirmación de Lacan acerca de que la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente, a lo que agrega que la realidad es sexual, pero esto es una verdad insostenible. Se puede pensar como que la sexualidad no tiene una verdad sostenible en el orden simbólico, la verdad remite a lo real del goce y éste no es reductible a la simbolización que rige el inconsciente.

Un caso de homosexualidad como ejemplo de la asunción de una sexuación

La homosexualidad es un caso típico de homonimia en psicoanálisis, ya que se denominan homosexuales, hechos diversos, que van desde la “saludable” homosexualidad sublimada hasta la homosexualidad schreberiana de la paranoia, fuente de la máxima patología. La primera homosexualidad es la base de la trama social y origen del amor, que al sumarse al complejo de castración detienen los designios tanáticos del Edipo. En cambio la, homosexualidad de la psicosis, es más una transexualidad que arrasa con los anclajes del Nombre del Padre, y aspira a sus fines de un goce sin límite, que alejan al sujeto del lazo social, haciendo la más radical abolición de la posición sexuada.

Aparte de estos ejemplos polares tenemos una variedad de temas vinculados a la homosexualidad: narcisismo, identificaciones, sublimación, amor, etc. Todo esto hace que referirse a la homosexualidad, como tema teórico, haga intervenir todo el psicoanálisis y siempre sea aconsejable aclarar, de qué homosexualidad estamos hablando, ya que será algo problemático o sublime según cómo la situemos en relación al resto de los parámetros en juego. Esto no sólo acontece con este concepto. Quizás la mayoría de los conceptos requieran de una ubicación más específica antes de poder discriminarlos, pero sucede, en particular, con los que admiten múltiples posibilidades de sentido, como pasa con los ya mencionados: narcisismo, identificación, represión, depresión, castración, etc., es decir otros casos de homonimia.

Llevado esto al plano clínico, se presenta un problema similar, porque llamamos homosexuales a muchos hechos clínicos: elecciones de objeto, prácticas sexuales, fantasías, deseos, identificaciones, etc., sin especificar si corresponden a una estructura neurótica, psicótica o perversa. Con esto estoy anticipando que la homosexualidad carece, desde la perspectiva clínica, de especificidad. Esto lo destacó Freud desde sus primeros estudios, como “Tres Ensayos”, donde hace clasificaciones muy amplias y relativas de los desarrollos homosexuales, admitiendo una movilidad evolutiva y circunstancial, que no se

ataría a un determinismo estructural fijo, sino al interjuego del sujeto con sus circunstancias. No obstante, el definir una posición sexuada determinada, no siempre implica una actividad sexual reconocible fácilmente, hay homosexuales disfrazados de hétero y viceversa, lo cual en definitiva muestra, que la “relación sexual no existe” en cuanto adecuación. Lo que sí es factible, independientemente de la actividad sexual, es definir si el discurso se organiza como neurótico, perverso o psicótico. En ese sentido se debe reconocer entre los homosexuales un universo tan variado como en el resto del conjunto social. Algunos pretenden salvar estos problemas diferenciando homoerotismo de homosexualidad, pero no creo que esto resuelva la dificultad, que sólo se supera al situar los parámetros psicoanalíticos completos para definir un sujeto y su accionar.

Situados estos parámetros, es momento de abordar la implicación “homosexualidad” y el otro, dejando en claro que ninguna sexualidad hace relación plena de implicación, hay un lugar necesario para el otro que soporta la objetivación de la alteridad. En esta línea, el otro plantearía lo hétero, aun para lo homosexual, ya que buscar el otro sexo, siempre ligado al enigma de la feminidad. Es un tema del cual no quedan exceptuados los homosexuales, salvo en aquellos casos vinculados a la psicosis o formas extremas de la perversión, donde la demanda es la confirmación absoluta de lo uniano y el repudio total a lo unario.⁵ Esto es evidenciable en la búsqueda del asesino paranoico, que sólo por vía del homicidio selectivo de ciertas mujeres, aboliría la diferencia, pretendiendo hacerse dueño de los sexos. También se da en aquellos perversos, que sólo en el supuesto dominio del goce unificado bajo su voluntad, procuran abolir la heterogeneidad evocadora de la posición inefable como sujeto hablante al Otro. Lo habitual, es la búsqueda vincular para configurar en el armado de la pareja términos similares que en la neurosis, pero semblanteados de manera tal que desmientan la radicalidad de la castración, de esta forma, si el otro sexo

⁵ Lo uniano se refiere a la unidad narcisista sin ninguna carencia, el uno “absoluto”, lo unario en cambio plantea el uno dentro de una serie que implica la falta, el uno como inicio del resto de los números.

se disfraza de asemejar al propio Yo, generaría la condición narcisista para acceder por un rodeo a la solución de la sexuación.

Aquí, vale la pena evocar la carta, que envía Freud a la mujer norteamericana, en la cual explicita muchos argumentos de valoración y respeto hacia lo que sería la elección homosexual, pero no deja de aclarar que la homosexualidad tendría que ver con un “colapso” en un momento de desarrollo de la sexualidad. Sería interesante, hacer extensiva esta idea de “colapso”, a todos aquellos momentos donde cualquier sujeto recurre a la solución homosexual concreta o latente. Donde no pudo operar la marca neta de separación del otro sexo, se suplió por el mismo sexo como camuflaje, para no quedar a merced de un Otro irrepresentable, que llevaría a la psicosis, o simplemente dejaría al sujeto sin alternativa de solución sexual.

De todas maneras, cabe plantear que, independientemente del origen de la práctica o la posición homosexual, su ejercicio, pone en juego una operación de mayor o menor desmentida; la que asumirá formas cercanas a la negación cuando, por ejemplo, en un “fiestita burguesa”, algún hombre descubre que se estuvo frotando con alguna parte del cuerpo de un amigo, que supuso que era de alguna de las mujeres que coprotagonizaban la escena. Podría tratarse en otros casos de hechos más velados, como la complacencia a un amantazgo de la esposa con algún amigo, al cual sutilmente él la envía; como también habría formas netas de desmentida en el travesti, que logra, detrás de los ropajes de feminidad, conservar el miembro viril haciendo a escondidas, fálica a la mujer. Además, tenemos que incluir las formas extremas que buscan en la cirugía la transexualidad, haciendo de sí mismos una mujer como modo de resolver a voluntad lo que la naturaleza les dejó como escollo, aquel trozo de real que sobra, y que al amputarlo, permite (previo suplemento hormonal y siliconado de lo que haga falta), consagrarse a ser amadas por un hombre, el que necesite de estos trucos para estar con una mujer que le inventaron a medida. No es muy distinto en cierto modo, a cuando una mujer hace sus cirugías y modela una forma de feminidad que le sea potable. En definitiva esto indica, que nadie tiene demasiado claro cómo tiene que ser una mujer, y cada cual tiene derecho a armar la suya. No obstante

es importante el hecho de que la mayoría, “no todas”, requieren de un otro que pida esta mujer, la soporte como testigo amante, o la discuta para que esta creación sea apaciguante. Sólo el éxito testimoniado por la admiración de algún otro cierra el círculo de las audacias de neuróticos y perversos. Creo que lo que menos cierra con claridad es el vínculo psicótico, pues es el más refractario para hacer lazo social, para armonizar con alguna forma de alteridad franca. Por eso el otro del psicótico es, o está, en el delirio, siendo poco admitido como vínculo autónomo de las tiránicas reglas de organización psicótica, y en la mayoría de los casos, si no se ajusta es tratado con la mayor indiferencia. Eso lo llevó a Freud a caracterizar como narcisista esa dificultad de instalación de transferencia. Más tarde se denominó transferencia psicótica, a esa modalidad de posición del sujeto sin represión frente al Otro, teniendo en cuenta que la ausencia de anclaje al Otro plantea un problema para resolver la pulsión, es decir que hay sujeto, hay lenguaje, y la sexualidad se presenta como “empuje a la mujer”, una mujer absoluta. Esto se verifica como homosexualidad psicótica y evoca la expresión de Schreber, quien dijo haber tenido “la representación de lo hermosísimo que es, sin duda, ser una mujer sometida al acoplamiento” y al decir de Schreber el “¡Pequeño Flechsig!”, “el almicida”, era su otro transferencial.

Dada la bisexualidad que Fliess se encargó de introducir en los orígenes mismos del pensamiento freudiano, éste abre la comparación con los griegos, que la habían ejercitado muchos siglos antes sin que hubiese las trágicas incidencias estructurales que temió el “Hombre de los Lobos”, abandonando los posibles “dobles regalos” del ejercicio de su deseo, originado en el componente negativo del complejo de Edipo. Según Freud, los griegos jerarquizaban más la meta que el objeto, cosa que cabría rediscutir dado los actuales cambios culturales. Para no parecer que estoy excusándome en la homosexualidad como componente universal, voy a ejemplificar con una breve viñeta un aforismo un tanto elemental: “cada uno hace nudo con lo que puede”, y me refiero al nudo que permite resolver los tres registros imaginario, simbólico y real. Lo que permite la estabilización de un sujeto y la asunción de una posición sexuada.

El ejemplo es tomado de un relato que me presentaron dentro de un grupo de investigación sobre homosexualidad femenina. Se trataba de una mujer que estuvo en análisis durante un par de años con moderado éxito psicoanalítico. Laura, de unos 40 años, que hacía 10 que convivía en pareja homosexual con Marta. Pareja que se constituyó como camino de salida de un cuadro depresivo grave, que implicó internación y algunas sesiones de electroshock. Al recomponerse, Marta le propuso a Laura su fragilidad deseante, lo que obró como una alternativa de salida de la melancolía y Laura se transformó en el “hombre” que Marta necesitaba. Laura medía un metro ochenta de estatura y hacía deportes de riesgo. Su trabajo, ella misma relató, era un oficio de hombres y muchas veces utilizó su envergadura corporal y su voz viril para poner las cosas en su lugar.

La historia de esta mujer armonizaba con su destino, era hija natural de un “respetable señor” de un pueblo y de la lavandera que formaba parte del personal de la casa. Convivió con las hijas “genuinas” y el padre nunca la reconoció pero le permitió criarse y vivir en la casa. La madre de Laura ocupó el lugar de cuidar a este hombre cuando enviudó. Cuando las hijas se casaron, quedaron viviendo Laura, su madre y este señor, como “una familia”. Pero ella y la madre nunca tuvieron jerarquía, siempre fueron “la lavandera y su hija”. Laura al relatar esta historia se indignaba de un modo notable, perdía el aplomo, reprochaba a la madre por no haber defendido sus privilegios y hablaba del padre con “respetuoso rencor”. Ella se hizo cargo de la madre, y le otorgó una reivindicación económica comprándole una casa y abasteciéndola de todo lo que necesitase. El reproche se dirigía a sus hermanastras.

Laura consultaba para terminar de definir su relación con Marta, y abandonar todo proyecto heterosexual. Este proyecto se relacionaba con un compañero de deporte que era muy admirado por ella, que se le había acercado y tuvo con él un encuentro sexual para ella tolerable, ya que sentía un gran rechazo por los hombres. Sí bien Laura en sus relaciones homosexuales también era frígida, con Marta disfrutaba al verla gozar, y sentía placer al ser acariciada y cortejada por ella. En el curso del análisis se vio cómo este capitán era el remedo de sí misma y del hombre idealizado, con el cual ella se encontraba identificada. La

historia culmina con que ella prefiere quedarse con Marta, porque aceptar la relación con este compañero de deporte la podría llevar a una nueva crisis melancólica. Él nunca la trataría con tanta ternura como Marta, con el compañero podría haber llegado al orgasmo, pero valía la pena sacrificarlo. Así terminó su análisis.

Caben todos los comentarios acerca de la función de esta homosexualidad. Así como las similitudes y diferencias con el clásico caso de Freud de la “joven homosexual”, esta “vieja homosexual” elige taponar la falta de padre o madre con esta suplencia identificatoria, que reivindica a la mujer (Marta) y hace ella de padre, por lo no hecho por su propio padre. Aquí encontramos el “colapso” señalado por Freud, y nos queda la pregunta acerca de la estructura: ¿melancolía, histeria, perversión...?; pero lo que se afirma es una posición y un consiguiente accionar homosexual, con una elección de objeto homosexual pero con un goce perdido del lado heterosexual, pérdida que vino a confirmar en el análisis. Este caso nos muestra que estaba en juego algún grado de falla en la inscripción del Nombre del Padre, y describe, cómo la elección homosexual y la configuración del vínculo homosexual cierra la falla. El arreglo tiene el defecto de una solución que no permite el ejercicio del goce fálico, pero sí las suplencias imaginarias que eludirían la melancolía, y nos presenta el caso de uso de la desmentida, no para el ejercicio de una voluntad de goce –estructura perversa– sino para evitar la melancolía, aunque pudiera llegar a ser, estructuralmente, una histeria grave. Le resta el consuelo de la ternura materna recortada, en definitiva se evidencia con qué contó para sobrevivir, una madre tierna degradada frente a la Ley paterna, que para sostenerla debió desplegar sus vínculos, lo que le permitió la ubicación imaginaria de toda la constelación de identificaciones que muestran su drama vital. Ya que no hay madre que se pueda hacer accesible sin una solución paterna.

Conclusión

La sexualidad por vía de la pulsión, va buscando un destino. Lo que alcance a realizarse está íntimamente vinculado a la sexuación que se

organice. El género deriva de esta organización, que se puede referir, en la teoría lacaniana, a las fórmulas lógicas de la sexuación o al anudamiento de los tres registros (Imaginario, Simbólico y Real). Este determinismo universal de la sexualidad como causa de cualquier quehacer, es válido aunque no haya ninguna consumación concreta de prácticas sexuales. Aun así esa abstinencia será sexuada y la pulsión se resolverá por vía de una intensa sublimación o múltiples mecanismos para refrenar los actos, pero estos aun irrealizados tendrán inconscientemente una posición asumida en cuanto a la sexuación.

Aun en los casos menos extremos podrá describirse cómo la sexualidad, como libido, recorre el desfiladero del significante, dejando siempre una dimensión irresuelta pero acotada, que culmina cumpliendo el aforismo “la relación sexual no existe”. Lo que describe lo irresoluble dentro del planteo binario “masculino” o “femenino”. En esta polaridad, un término, el femenino no se puede resolver desde la definición de lo masculino. Las denominadas neosexualidades vienen a mostrar variantes que siempre existieron de soluciones alternativas a esta bipolaridad, cosa que en alguna escala se evidencia en cualquier sexualidad alcanzada, aun las más sujetas a las normas culturales. Freud lo refirió al “malestar en la cultura” como la inadecuación universal a ajustarse a una alternativa pautada de goce. Esto da fundamento a la clínica de la singularidad, el “caso por caso”. Aunque haya variantes típicas de sexuación que forman un conjunto, éste no abarca a todos los hombres y mujeres. Así como tampoco las estructuras clínicas se ajustan del todo a un universal. Estudiar estas formas es lo que hace ineludible pensar en múltiples variables que llevan a recurrir a paradigmas de la complejidad.

Bibliografía

- ALLOUCH, J. JULIEN, P. LE GAUFÉY, G. Y OTROS. Littoral la declaración de sexo. *Rev. E.P.E.L* Bs. As. 1991.
- ALEMÁN, J. *Soledad: Común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

- BADIOU, A. Y BASSIN, B. No hay relación sexual. Dos lecciones sobre “L’Étoudit” de Braunstein, N. A., *Goce*. Siglo XXI México. 1990.
- CEVASCO, R. *La discordia del los sexos*. S&P. Bs. As. 2010.
- FREUD, S. (1900) La interpretación de los sueños, *O. C.*, T IV y V, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1905) “Tres ensayos de teoría sexual, *O.C.*, T. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1913) Tótem y Tabú, *O.C.*, T. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1914) Introducción del narcisismo, *O.C.*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1915a) Pulsiones y destinos de pulsión, *O.C.*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1915b) La represión, *O.C.*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1915c) Lo inconsciente, *O.C.*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1916-17) Conferencias de introducción al psicoanálisis. *O.C.*, T. XV y XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1920) Más allá del principio de placer, *O.C.*, T. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1923a) El yo y el ello, *O.C.*, T. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1923b) La organización genital infantil, *O.C.*, T. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1925) Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, *O.C.*, T. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1930) El malestar en la cultura, *O.C.*, T. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1931) Sobre la sexualidad femenina, *O.C.*, T. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1932) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, *O.C.*, T. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- JONES, E. “Carta a una mujer norteamericana”, *Vida y obra de Sigmund Freud*. Editorial Nova. Tomo III (pag. 214) Bs. As. 1962
- GLOECER FIORINI, L. *Lofemenino y el pensamiento complejo*. Editorial Lumen. Bs. As. 2001
- GOETHE, J. W. Las afinidades electivas (pag.103) <http://www.librodot.com>
- KLEIN, M. (1952) Notas sobre algunos mecanismos esquizoides, en *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires, Hormé, 1967.
- Lacan, J. “La significación del falo”, en *Escritos. II*, Siglo XXI, 1975.
- La tercera. *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires, Manantial, 1988.
- (1955-56) *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires, Paidós, 1984.
- (1956-1957) *El Seminario. Libro 4, La relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

LEONARDO PESKIN

- (1957-58). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- (1959-60). *El Seminario. Libro 7. La ética*. Buenos Aires, Paidós, 1988.
- (1964). *El Seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
- (1969). *El Seminario. Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- (1972). *El Seminario. Libro 20, Aún*, Barcelona, Paidós, 1981.
- PESKIN, L. *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- “La realidad, el sujeto y el objeto”. En edición.
- RABINOVICH, D. *Sexualidad y Significante*. Manatíal. Bs. As, 1986.